

# Noticias de Miguel Hernández en Chile

**E**n marzo de 1992 se cumplieron los cincuenta años de la muerte de Miguel Hernández. Y van a hacer cuarenta años que empecé a conocer la poesía de este poeta entrañable, miembro de la promoción de 1936. Era yo estudiante de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción, la universidad más austral del país, en ese entonces. Mis estudios de literatura española incluían un curso sobre literatura española contemporánea, que alcanzaba hasta la promoción mencionada. Era mi profesor en esta asignatura Alfredo Lefebvre<sup>1</sup> gran hispanista y conocedor de la cultura hispánica. También fue mi profesor, en el campo de la teoría literaria, el hoy conocidísimo poeta Gonzalo Rojas. Fueron ellos los que me encaminaron en el conocimiento de la poesía, de la lectura y comprensión de la poesía de la Generación del 27 y de los jóvenes que integraban la promoción inmediatamente posterior.

Mis primeras lecturas fueron, en el caso de la producción poética de Miguel Hernández, los poemas contenidos en la antología de *Poesías del amor español* (1941), editada por otro gran conocedor y difusor de la literatura española en nuestro país, actual presidente de la Academia Chilena de la Lengua correspondiente a la Española, Roque Esteban Scarpa, y después en su antología de *Poetas españoles contemporáneos* (1944).

Posteriormente conocí el *Romancero general de la Guerra Civil Española*, editado por Rafael Alberti en 1944. En cuanto a libro, pude leer *El rayo que no cesa*, edición hecha por José María de Cossío, en la Colección Austral de Espasa-Calpe (1949), que contiene además «El silvo vulnerado» y otros poemas. Y finalmente, en 1952, apareció *Obra escogida. Poesía-Teatro*, con prólogo de Arturo del Hoyo, en Aguilar. De este modo fui completando poco a poco la lectura de la producción poética de este poeta levantino.

En 1955 pude viajar a España y permanecer allí durante el año académico de 1955-1956, gracias a una beca del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid y del recientemente fundado Instituto Chileno de Cultura Hispánica de Concepción (Chile). Así me fue posible seguir el rastro de Miguel Hernández en conversaciones y entrevistas con Luis Rosales, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, José María de Cossío, Juan Guerrero

<sup>1</sup> Alfredo Lefebvre es autor de *La poesía del capitán Aldana (1537-1578)*, Publicaciones del Departamento de Castellano de la Universidad de Concepción, 1954; *Poesía española y chilena. Santiago de Chile*, Editorial del Pacífico, 1958; *La fama en el teatro de Lope*, Madrid, Cuadernos Taurus, 1962, entre otros textos.

Zamora; en visitas a la Hemeroteca de Madrid; en visita a Orihuela, donde tuve la oportunidad de conversar con amigos de Miguel Hernández, entre los que recuerdo a Efrén Fenoll, con quien conocí algunos lugares hernandianos, y al abogado Antonio Molina Martínez, quien tuvo la gentileza y generosidad de facilitarme la lectura de algunos poemas inéditos y manuscritos que guardaba en una maleta. Uno de esos poemas, «Sepultura de la imaginación», fue recogido después en *Obras completas*, la edición ordenada por Elvio Romero en la Editorial Losada (1960). Tres de esos poemas los incluí en mi trabajo *La poesía de Miguel Hernández* libro editado por el Departamento de Castellano de la Universidad de Concepción, en 1959.

Uno de esos poemas es un soneto que ahora reproduzco, pues no lo encuentro en esa edición de las *Obras completas*.

Partir es un asunto dolorido  
como morir, al muerto y al ausente  
ni la fotografía más ferviente  
ni las cartas lo sacan del olvido.

Te irás del todo tú que ya te has ido  
con decir que te has ido solamente,  
y a cada sol te llevarás mi frente  
con más obstinación descolorido.

En la agonía de la despedida,  
como un pañuelo el corazón sacudo  
y lo lleno de angustia como un puerto.

Silencio y muerte veo en la partida:  
si no me has de escribir te doy por mudo,  
y si no has de volver, te doy por muerto.

La intuición de la muerte constituye uno de los temas recurrentes y quevedianamente la percibe como un acontecer que viene desde el interior, como una calidad propia de su condición de hombre. Asimismo quiero reproducir la letra de una improvisación que en Orihuela se le pidiera en una oportunidad, en la que se conjugan el amor, la pena y la muerte:

Que yo no sé qué me pasa:  
si te quiero o no te quiero,  
si tu casa no es tu casa,  
si hiela un querer o abrasa,  
si me matas o me muerdo.

Las olas del mar salino,  
las penas de mis pesares,  
una se fue y otra vino.

Que en la taberna murió  
nadie diga a su vecino  
que en la taberna murió,

un querer que enterré yo  
dentro de un vaso de vino.

Pena que pena serena,  
ay pena, penilla mía  
de retama y hierbabuena,  
que en cuanto te veo, morena,  
mi pena se hace alegría.

Como luceros y arenas,  
te doy un beso si dices,  
el número de mis penas.

Soledad ¡qué solo estoy!  
contigo y en tu compañía  
ayer, mañana y hoy  
de ti vengo y a ti voy  
en una jaca castaña.

Las fatigas de la muerte  
me dan a mí, que no a otro,  
cuando salgo al campo a verte  
con mi negra, negra suerte  
en mi negro, negro potro.

En esa búsqueda tuve la suerte de encontrar *Viento del pueblo*, en ediciones «Socorro Rojo», 1937. No tuve, entonces, la oportunidad de contar con las *Obras completas*, ya que sólo aparecieron en 1960; aunque según supe, eso pudo ocurrir en 1948, cuando Dámaso Alonso vino a Buenos Aires y a Santiago de Chile.

Ahora bien, quiero recordar y trazar un poco la historia de la noticia de Miguel Hernández entre nosotros. Ciertamente, uno de los primeros chilenos que conocieron personalmente a Miguel Hernández y apreciaron su valor como persona y poeta fue Pablo Neruda, quien publicó algunos poemas en su revista *Caballo verde para la poesía*, en 1935. Después dará testimonio de él, de su amistad, de su voz poética, una y otra vez, a lo largo de su producción literaria, como lo señalaré más adelante.

Otro fue Luis Enrique Délano quien, desde España en 1936, envió un artículo titulado «Juventud asombrosa y juventud herida. En torno a la poesía de Miguel Hernández», publicado en la *Revista de la Sociedad de Escritores de Chile* (Año I, junio de 1937). Se refiere allí a la actual joven generación española, de la que menciona a Miguel Hernández en poesía, a Arturo Serrano Plaja en la crítica, a Enrique Azcoaga en el ensayo, y a José Caballero en la pintura. Pero se detiene en la poesía de Miguel Hernández, en la que reconoce el elemento formador de la tradición clásica española y el aporte propio: una fuerza expresiva que se manifiesta en el grito. Entre la vivencia y la expresión poética, Délano señala que:

Es necesario establecer que hay una verdad humana y una verdad poética, las cuales pueden coincidir, y coinciden, a veces, pero pueden diferir, y difieren, generalmente. Es común que la segunda se sustente en la primera, que aquella no venga a ser sino una ampliación, una paráfrasis de ésta. El poeta se sirve de la realidad humana para

crear la verdad poética y en esta tarea no es rara la extralimitación. De ahí que no esté de más afirmar que la pasión en la poesía de Miguel Hernández no es llama, sino luz. Pasión y expresión no andan desorbitadas, sin freno. Ni la una ni la otra escapan al control del poeta.

La lectura que hace Délano del libro *El Rayo que no cesa* y de poemas publicados en revistas, como «Vecino de la muerte», aparecido en *Caballo verde* (N.º 1, octubre de 1935), constituye, pues, una de las primeras noticias de la poesía de Miguel Hernández en Chile.

Después, Luis Enrique Délano publica un nuevo artículo, «Miguel Hernández, el poeta hispano», en la revista *Hoy* (25 de julio de 1939). El artículo había sido publicado antes en el diario *La Nación*, pero la revista *Hoy* reprodujo el artículo ante el anuncio de que peligraba la vida del poeta. Se trataba de su encarcelamiento y de su condena a muerte, ante lo cual la Sociedad de Escritores de Chile «acordó declarar que la obra y la vida de Miguel Hernández eran patrimonio de toda el habla castellana y de la literatura mundial».

En esta oportunidad, Luis Enrique Délano reitera su apreciación de la obra poética de Hernández formulada anteriormente respecto de la fuerza, de la pasión y del dominio y contención expresiva. Alude también al deseo de Hernández de pasar algún día a América. Expresa su temor de que pueda ocurrirle lo mismo que le aconteció a Federico García Lorca.

Raúl González Tuñón, periodista y escritor argentino, en un artículo titulado «Recuerdo de Miguel Hernández», publicado en *Aurora de Chile* (Santiago de Chile. N.º 13, 4 de agosto de 1939), revista de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, dirigida por Pablo Neruda, da noticias del poeta, de su tierra natal, Orihuela, de su origen, de su formación; da testimonio de su conocimiento personal, directo, en casa de Neruda, en Madrid, de las reuniones en «la Cervecería de Correos», en la calle de Alcalá, durante el año de 1935; de su reencuentro en 1937 cuando Hernández se desempeña como comisario, y cuando ya tenía un hijo y terminaba su libro *Viento del pueblo*.

Como ya apuntamos más arriba, Pablo Neruda ha dejado varias páginas como testimonio de la amistad que les unía, de su valoración como hombre y como poeta. En 1940, en la revista *Qué Hubo* (Santiago de Chile, 20 de abril) publicó unas notas tituladas «Amistad y enemistades literarias». Se pregunta ¿entonces dónde estará Miguel Hernández? Recuerda su lectura de los autos sacramentales (*Quien te ha visto y quien te ve ni sombra de lo que eras*) y su inspiración religiosa católica de sus comienzos; por lo cual, junto con reconocer en él al «más grande de los nuevos constructores de la poesía política», también sostiene que «es el más grande poeta nuevo del catolicismo español». Pasa, después, a evocar una anécdota en el segundo viaje de Hernández a Madrid, cuando buscaba trabajo para permanecer allí. Dice Neruda que, habiéndose solucionado el problema de la residencia en la ciudad, le preguntó: ¿qué puedes hacer? A lo que respondió:

—Si pudieran darme un rebaño, cerca de Madrid...

Neruda expresa su afecto y respeto por su gran amigo y por su poesía. Y piensa que donde quiera que esté, sea en la cárcel, en los caminos, o en la muerte, su voz no podrá ser callada.

La muerte de Miguel Hernández, ocurrida el 28 de marzo de 1942, en el Reformatorio de Adultos de Alicante, donde había sido trasladado desde el Penal de Ocaña, en 1941, suscitó, como necesariamente debía ocurrir, una reacción mundial, a la que nuestro país no estuvo ajeno. Es, a este respecto, de interés recordar ahora el artículo que publicó la revista *Hoy* (19 de noviembre de 1942), del poeta español Antonio Aparicio, quien estuvo en Chile como refugiado de guerra, titulado «Ante la muerte de Miguel Hernández».

Aparicio dice haber recibido la noticia de la muerte de Miguel Hernández del escultor chileno Víctor Martínez, llegado a Chile desde España por esos días. La noticia supone la muerte ocurrida en el Penal de Ocaña<sup>2</sup>. Asocia la muerte de Hernández a la de Federico García Lorca. Evoca la tierra natal de Orihuela, los orígenes, la formación de Miguel en la tradición de los clásicos españoles, su viaje a Madrid, las reuniones y conversaciones en la «Cervecería de Correos» y la presencia allí de García Lorca, de Pablo Neruda y otros chilenos avecindados en Madrid, como Isaías Cabezón, Luis Enrique Délano, Víctor Martínez, por ejemplo.

Antonio Aparicio destaca la producción poética de Miguel Hernández en la etapa de la guerra. Etapa que estima como «magnífica», en la vida del poeta, «magnífica su contribución a la lucha histórica que contemplaban aterradas las sierras peninsulares. Y en esa actitud de poeta en el fuego, de sembrador de fe se mantuvo hasta el último día».

Termina su nota Aparicio, reseñando la etapa final, terminada la Guerra Civil, esto es, las prisiones, la conmutación de la pena de muerte por la de prisión perpetua, y su muerte, finalmente.

También la revista *Hoy* (29 de octubre de 1942) publicó un discurso del poeta chileno Juan Negro, integrante de la llamada Generación del 38, titulado «Poesía de Miguel Hernández». Dicho discurso formó parte de un homenaje que la A.I.CH. (Alianza de Intelectuales de Chile) rindió al poeta español, en las graderías de la Escuela de Bellas Artes, en Santiago de Chile.

Juan Negro evoca la llegada de Hernández a Madrid, desde Orihuela, su incorporación al medio literario madrileño a través de la revista *Cruz y Raya*, dirigida por José Bergamín, traza la trayectoria de su evolución poética, marcada en sus inicios por las influencias de los clásicos españoles, especialmente de Góngora, en su libro *Perito en lunas*, luego su depuración en *El rayo que no cesa*, y su afincamiento en el amor como tema central, para derivar, a partir de 1935, hacia el tema de la muerte, en poemas como «Vecino de la muerte», «Elegía», «Sino sangriento», inmerso en la

<sup>2</sup> Se me viene a la memoria el recuerdo de la Villa de Ocaña que tuve la oportunidad de visitar con otros amigos chilenos, en 1956, entre ellos al novelista y cónsul de Chile en Madrid, Carlos Otaegui. Nuestra visita fue al Municipio y al Convento de las Trinitarias, pues allí, en la cripta de la capilla reposan, tal vez hasta hoy día, los restos de don Alonso de Ercilla, el autor de *La Araucana*, poema escrito y situado en estos lugares de Concepción y Arauco. También, entonces, quise ver de cerca el Penal de Ocaña, cosa nada fácil por aquellos días. También entonces hablé de los espacios, de lugares, de paisajes referidos en el poema de Ercilla en una conferencia de homenaje que di en la Municipalidad de Ocaña.